

Otra vez.

Sofía Poveda

“You make me crazy when you talk talk talk, like like like, that that that” Sonó la alarma de mi celular. Era miércoles a las cinco y media de la mañana y ese día debía madrugar para ir a la clase que daba inicio a las siete. Como es costumbre cuando sonó la alarma pensé, “Voy a llegar tarde otra vez”, así que me levanté corriendo y me metí a la ducha rápidamente. Mientras me bañaba notaba todo un poco más alto de lo normal, pero tenía tanta prisa que no le presté atención.

Al salir de la ducha la toalla era grande y aproveche su tamaño para taparme, pues en invierno dan ganas de regresar a la cama por el frío tan intenso que hace. Respiré profundamente, de tal forma que me ayudara a tomar con más calma el día vendría. En mi vestier empecé a buscar que debía ponerme en ese día de cuatro grados bajo cero de temperatura que hacía. Un saco podría ser una buena opción, con unas botas y un abrigo. Precisamente eso era lo que buscaba, pero como todas las mañanas, no aparecía la ropa que quería. Empecé a lanzar toda la ropa al suelo desesperadamente esperando que fuera más fácil mi búsqueda. No encontraba lo que buscaba, estaba tan estresada que empecé a llorar.

“Sofi, ¿qué haces en toalla a esta hora? ¡Te vas a enfermar!”. Escuché la voz de mi madre. Con lágrimas en los ojos voltee a mirarla y extrañamente estaba más alta que yo. En este momento me asuste, pues lo que recordaba era que yo medía 10 centímetros más que ella. “¡Y mira el desorden que hiciste!”, gritó. Al gritarme, me sentí tremendamente culpable y con unas ganas incontrolables de que me cargara. Entonces, estiré mis brazos y me alzó. Sentí un placer y una felicidad que nunca había sentido. Todo mi estrés y mi prisa ya no importaban, todo estaba bien si en sus brazos estaba. En ese momento todo era tan perfecto que no razonaba el hecho de que mi mamá me estuviera alzando como a un bebé.

Mi madre me llevó a su habitación donde estaba mi padre acostado, al verme se levantó y me vistió. Empezó a hablarme, “¿A qué hora te despertaste? Te voy a poner esto para que quedes bonita y no te enfermes”. Recuerdo que me puso una linda pijama morada y un gorro. Yo simplemente sonreía mientras él me acostaba a su lado. Vi a mi mamá salir de la habitación. Recuerdo que toda era caliente, cómodo y tranquilo, tanto así que me quede dormida. Nunca fui tan feliz durmiendo.

Escuché “Ya está el desayuno. Bajen” y abrí los ojos. Mi hermana estaba parada en frente mío diciendo “¡Vamos a comer!” mientras estiraba su mano, la agarré y caminamos hasta las escaleras. En el camino todo era más alto, todos los objetos eran gigantes y tenía que levantar la cabeza para poder verle la cara a mi hermana, sonreía. Al llegar a las escaleras sentí miedo, sentía como si fueran escalones que nunca terminarían. Agarré la mano de mi hermana más fuerte. “Uno...dos...tres” decía ella para que el bajar fuera más divertido. Yo traté de seguir la cuenta diciendo “Ocho... once... cuatro”. Me reía yo sola pues aparentemente había olvidado contar.

Al llegar al comedor, mi hermana me alzó para sentarme en mí silla. Quería tocar la comida, se veía con una textura tan llamativa que era inevitable hacerlo. ¡Me divertía tanto con algo tan simple!. Miraba a mí alrededor pero no entendía lo que decían mis padres y mi hermana. Era como si me estuvieran ignorando, así que decidí seguir jugando con mi comida. Escuché el grito de mi padre “¡No juegues con la comida!”. Me sorprendió tanto y sentí tanta ira que le tire encima la gelatina con la que jugaba.

Todos se quedaron en silencio y me miraban fijamente como juzgándome, como si hubiera matado a alguien. Me sentí terriblemente y empecé a llorar, mi mamá se acercó y me bajó al suelo diciendo “Eso no se hace, la comida no es para jugar”. Agarró mi mano y subimos a mi habitación. Entré ahí sola y ella cerró la puerta. El

cuarto era muy grande, me sentía sola. Lloraba inconsolablemente golpeando la puerta para que me dejaran salir.

Después de unos minutos, olvidé porque lloraba y decidí ir a jugar con la ropa que había desarreglado. Mientras caminaba al vestier, pasé al lado del espejo y me detuve en frente de éste. Vi una pequeña niña de tres años que sonreía.

Nunca más vi una sonrisa tan inocente y tan grande. Nunca más fui tan feliz como ese día que desperté teniendo tres años otra vez.